

si fuera un Musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis Mahometano únicamente para poner en ridículo las prácticas mas sagradas del Alcorán? Señor Cady, le respondí con sumision, pero sin abatimiento, el Arabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel traidor amigo fue cómplice de mi delito, si por tal se debe reputar haber practicado los honores de la sepultura con un doméstico fiel, con un inocente animal que poseia mil bellas qualidades. Amaba tanto las personas de mérito y de distincion, que hasta en su muerte quiso dexarlas testimonios irrefragables de su estimacion y de su amor. En su testamento, del qual me nombró por único albacea, los declaró herederos de sus bienes, legando á unos veinte escudos, á otros treinta, &c. Esto es tanta verdad, que tampoco se olvidó de vos, pues me dexó muy encargado que os entregase los doscientos sultanos de oro que hallaréis en este bolsillo; y diciendo esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el Cady toda su gravedad quando me oyó este discurso, y sin poder contener la risa, me despidió diciendo: Id en paz, Sidy Hali, hicisteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los hombres de mérito.

## CAPITULO IV.

*Suénase los mocos Don Rafael, limpiase, gargagéa, y va adelante con su relacion.*

Sali de aquel pantano con este medio, y si el lance no me hizo mas sabio, á lo menos me hizo mas circunspecto. No volví á tratar con el Arabe ni con el Judío, y escogí para mi camarada de botellas á un Gentilhombre de Liorna, que era esclavo mio. Llamábase Azarini. No era yo como aquellos Renegados que tratan á los cautivos Christianos peor que los mismos Turcos. Los míos no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar al servicio de otro amo, que el deseo de conseguir su libertad, sin embargo de ser ésta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en esclavitud.

Volviéron un día los jabeques del Bey cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexó, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fuí á la plaza donde ésta se celebraba, y com-

pré una niña Española de diez á doce años. Lloraba amargamente, y se desesperaba. Admirado yo de verla tan afligida por su esclavitud en tan tierna edad, me llegué á ella, y la dixé en lengua castellana, que no se afligiese tanto, asegurándola que había caído en manos de un amo, que aunque le veía con un turbante en la cabeza era de corazón muy humano. Entregada la niña enteramente á su dolor, ni siquiera atendía á mis palabras. Gemía, suspiraba, y se deshacía en lágrimas inconsolablemente, prorumpiendo de quando en quando en esta exclamacion. *¡Ay madre mia, y por qué me habrán separado de tí! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas.* Mientras decia estas palabras, estaba mirando fixamente á una muger de quarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la qual muy modesta, silenciosa, y con los ojos baxos, estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéla si era su madre aquella muger á quien miraba. Si señor, me respondió con tierno dolor; por amor de Dios haga su merced que jamas me aparten de ella. Bien está, hija mia, la dixé; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto estarás satisfecha, y quedarás consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de atencion, quando reconcí en ella con toda la conmocion que podeis imaginar todas las facciones y demas señales de Lucinda. *¡Justo Cielo!* exclamé dentro de mí mismo.

¿Qué

¿Qué es lo que veo? Esta es mi madre, no lo puedo dudar. Pero ella, ó ya porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no la permitia ver otra cosa que enemigos en todos los objetos que se la presentaban, ó ya fuese porque el traje mahometano me hacia parecer otro hombre, ó porque en el espacio de doce años que no me había visto me hubiese desfigurado; el hecho es que realmente no me conoció. En fin, yo la compré, y llevéme la á mi casa.

No quise dilatarla el gusto de que me conociese. ¿Señora, es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¿Pues qué unos bigotes y un turbante me desfiguran tanto, que no conozcais tras de ellos á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oír estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mis brazos con los suyos abiertos, nos abrazamos estrechísima y ternísimamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la qual estaba tan ignorante de que tenia un hermano, como lo estaba yo de que tuviese una hermana. Confesad, dixé entonces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habreis visto un encontrarse y un reconocerse las personas, que sea comparable con este original. Hijo, me respondió ella, grandísima alegría he tenido en volverte á ver; pero esta alegría está mezclada de un amarguísimo dolor. *¡Mi Dios! ¡En qué estado he tenido la desgracia de encontrarte!* Mi esclavitud me sería mil veces menos sensible que ese traje en que te veo.... A fe, madre

dre

dre (la respondí sonriéndome) que me miro de vuestra delicadeza: por cierto no es muy propia de una comedianta. A la verdad, señora, que sois muy otra de lo que erais, si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros contra mi turbante, consideradme como un cómico que representa el papel de un Turco en el teatro. Aunque Renegado, soy tan Musulman como lo era en España; porque en el fondo no reconozco otra verdadera Religion que la Católica. No niego, ni mucho menos disculpo mi exterior apostasía: sé muy bien que en ninguna ocasion me era lícito dar señales de abandonar mi Religion, aunque me costase mil vidas. Confieso mi pecado, sin excusar mi flaqueza. Pero si vos supiérais las circunstancias que me hicieron caer en ella, quizá vuestro justo dolor se convertiria en no menos justa compasion. El amor fue el autor de mi delito. Sacrifiqué á esta deidad. En esto no hice mas que acreditarme hijo vuestro con mas ó menos exceso. Fuera de que aun hay otra razon que debe moderar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis. Temiais hallar en Argel una rigurosa esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetuoso, y bastantemente rico para que vivais con regalo y con quietud en esta Ciudad hasta que se nos proporcione una ocasion oportuna en que todos podamos seguramente restituirnos á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice: *no hay mal que por bien no venga.*

Hi-

Hijo mio, me dixo Lucinda, una vez que estás resuelto á volverte á tu tierra y abjurar el mahometismo, estoy consolada. Entónces irá con nosotros tu hermana Beatriz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en España. Sí señora, la respondí: espero que le tendréis, pues lo mas presto que sea posible partiremos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habeis dexado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No, hijo, repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio muy legítimo. Pero, señora, repliqué yo, ¿qué razon tuvisteis para conceder á mi hermanita esta preeminencia que me negásteis á mí? ¿Y cómo os habeis resuelto á casaros? Acuérdomé haberos oido mil veces que nunca perdonariais á una muger jóven y linda el disparate de sujetarse á un marido. *Otros tiempos, otras costumbres* (respondió ella.) Si los hombres mas firmes en sus resoluciones están sujetos á mudar, ¿qué razon habrá para pretender que las mugeres sean invariables en las suyas? Quiero contarte la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hízome despues la siguiente relacion, que creo oireis con gusto, porque es curiosísima.

CA-

## CAPITULO V.

*Historia de Lucinda, madre de Don Rafael.*

**H**abría casi trece años, si te acuerdas, que dexaste la casa del Marquesito de Leganés. En aquel tiempo el Duque de Medina la Alta me dixo que deseaba cenar conmigo privadamente. Se al le el día, esper le, vino, y le gustó. Pidi me el sacrificio de todos los competidores que podia tener. Conced sele con la esperanza de que me le pagaria bien. H zolo así. El día siguiente recibí de parte suya varios regalos, que fueron seguidos de otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no podia durar largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, quanto no ignoraba que se habia escapado de otras, en que le habian aprisionado varias famosas beldades, cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, lejos de disminuirse el gusto que le daba mi condescendencia, cada día parece que le tenia mayor, y que encontraba en ellas un saynete que las a adia nueva gracia. En suma tuve el arte   la fortuna de asegur rmele, y de impedir que su corazon naturalmente voluble  

in-

inconstante se dexase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses habia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su amor seria duradero, quando cierto día, una amiga mia y yo concurrimos   una visita donde se hallaba la Duquesa, esposa del Duque. Habiamos ido   ella convidadas para una academia de m sica, tanto de voces como de instrumentos, que se celebraba en aquella casa. Casualmente nos sentamos algo detras de la Duquesa, la qual llevó muy   mal que yo me hubiese dexado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envi me un recado por medio de un criado, diciéndome que me retirase prontamente. Respond la con sobrada groseria;   irritada la Duquesa se quejó   su esposo, el qual vino   mí, y me dixo: Lucinda sal prontamente de aquí. Quando los grandes Señores se inclinan   personas como t , no deben éstas olvidarse de lo que son. Si alguna vez os amamos   vosotras mas que   nuestras mugeres, siempre respetamos   éstas mucho mas que   vosotras; y todas las veces que tuviereis la insolencia de pretender igualaros   éstas, sereis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna el Duque me dixo todo esto en voz tan baxa que ninguno pudo comprenderlo. Retir me avergonzada y confusa, pero llorando de rabia y de cólera por el desayre que habia recibido. Para mayor desgracia mia los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron no s  cómo todo lo que me habia

TOMO II.

DB

bia

bia pasado. No parece sino que algun diablillo acechador y cizañero se complace en descubrir á los unos lo que sucede á los otros. Hace por exemplo un comediante en una francachela alguna extravagancia? ¿Acaba una comediante de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado? Toda la compañía se halla inmediatamente informada hasta de la mas ridícula menudencia. Así supieron mis camaradas quanto me habia pasado en la academia, y sabe Dios quanto se divirtieron á mi costa. Reyna entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso yo me hice superior á todas sus malignas chocarrerías, y tardé poco en consolarme de la pérdida del Duque, á quien no volví á ver en mi casa, y aun supe que pocos dias despues se habia acomodado con una cantarina.

Mientras una comediante tiene la fortuna de estar aplaudida nunca la faltan amantes, y el amor de un gran Señor, aunque no dure mas que tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me ví sitiada de adoradores luego que se esparció por Madrid la voz de que el Duque me habia dexado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado, volvieron todos á quemar sus inciensos en el altar conocido. Fuera de estos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fui tan de moda como entonces. Entre los que solicitaban mi gracia ninguno me pareció mas ansioso ni mas fino que un grueso Aleman, Gentil-hombre del Du-

Duque de Osuna. No era la figura mas ayrosa ni mas amable del mundo, pero se mereció mi atencion con mil doblones que habia juntado en servicio de su amo, gastándolos generosa, ó sea pródigamente, para lograr la dicha de obtener algun lugar en la lista de mis amantes favorecidos. Este buen señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto fue bien recibido en mi casa, pero apenas se le agotó la bolsa halló la puerta cerrada. Disgustóle este proceder. Buscóme en la comedia. Encontróme tras de los bastidores. Dióme sus quejas, reime de él en su misma cara. Entró en cólera, y dióme una bofetada á la Tudesca. Dí un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia, y dirigiéndome al Duque, que estaba en su aposento con su esposa la Duquesa, en alta voz le dí agrias quejas de las Tudescas modales con que me habia tratado el señor Brutandorff. Mandó el Duque que prosiguiese la comedia diciendo que despues de ella oiria las partes. Acabada la representacion me presenté toda turbada y conmovida al Duque, exponiendo mi queja con viveza y con ardor. El Aleman despachó su defensa en dos palabras. Dixo que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre de repetirlo. El Duque, oidas las partes, y volviéndose al Aleman, sentenció de esta manera: Brutandorff, te despido de mi casa, y te mando no vuelvas á ponerte en mi presencia, no porque diste una bofetada á una comediante, sino porque faltaste al respeto debido á tu amo y á tu ama;

turbando un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el corazón. Aporrosó de mí una rabiosa ira y un inexplicable furor, considerando que no se había despedido al Alemán por la ofensa que me había hecho. Creía yo que un insulto como aquel, cometido contra una comediante, debía ser castigado como un delito de lesa Magestad, y estaba muy persuadida á que el Tudesco padecería la mas dolorosa, y mas afrentosa muerte. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personajes que representa. Esto me disgustó del teatro tanto, que desde aquel punto resolví abandonarle, y establecerme lejos de Madrid. Escogí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* para ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y en alhajas: caudal que me parecía bastante para mantenerme con decencia el resto de mi vida, estando resuelta á hacerla mas retirada. Arrendé en aquella ciudad una pequeña casa, y no recibí mas familia que una criada y un page, á los cuales me mantuve tan desconocida como á todos los demás. Fingí ser viuda de un criado de la casa del Rey, y que había escogido para mi retiro la ciudad de Valencia, por haber oído que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba á muy poca gente, y mi conducta era tan arreglada, que

que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido comediante. Sin embargo, y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivía en una hacienda propia, cerca de Paterna. Era un hombre de buena disposicion, y como de treinta y cinco á quarenta años, pero estaba muy adeudado, lo que no es menos frecuente en los nobles del Reyno de Valencia que en los de todos los países.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo, quiso saber si en lo demás podría yo convenirle. A este fin despachó sus ocultos batidores para que se informasen bien, y me sondeasen; por cuya relacion tuvo el gusto de saber que era una viuda de no desgraciada cara, de trato nada fastidioso, y además de eso bastante rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que había menester; y muy presto se dexó ver en mi casa una vieja, que me dixo de su parte, que prendado de mi virtud tanto como de mi hermosura, me ofrecía su fé, juntamente con su mano, y que ratificaria esta oferta delante del Altar si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las circunstancias de aquel hidalgo; y por el mucho bien que me dixeron de él, bien que sin disimularme el lastimoso estado de su renta, determiné gustosa darle mi mano, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Xercia (este era el nombre

bre de mi esposo) me conduxo luego á su hacienda. La casa tenia cierto ayre de antigüedad, de lo qual hacia mucha vanidad el dueño. Pretendia que la habian fabricado sus progenitores; y de la antigüedad de la fábrica deducia que la familia de Xercia era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel mudo instrumento de nobleza, que abierto por todas partes estaba amenazando ruina. Gastóse en repararle mas de la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer buena figura en el país; y éteme aquí convertida de repente en dama de aldea, y en señora de hacienda. ¡Grande y portentosa metamórfosis! Habia hecho yo demasiadamente bien el papel de comediante, para no saber representar y sostener el que correspondia al nuevo esplendor que me daba mi nuevo estado. Revestiame en todo de cierto ayre teatral de nobleza, de magestad y desembarazo, que en toda la aldea se habia formado alto concepto de mi nacimiento. ¡Oh cuánto se hubieran divertido á costa mia si estuvieran instruidos en la verdad del hecho! Con cuántos graciosos y satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y cuánto se hubiera rebaxado de los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes!

Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de Don Manuel, al cabo de los quales se le llevó Dios. Dexóme bastantes cosas que desenredar, y por fruto de  
nues-

nuestro matrimonio á tu hermana Beatriz, que á la sazón contaba solos quatro años de edad. Nuestra hacienda, que era quanto componia nuestros bienes, se hallaba empeñada entre muchos acreedores. El principal era uno llamado Bernardo Astuto, nombre que le convenia admirablemente. Exercitaba en Valencia el oficio de Procurador, que desempeñaba como hombre cocido y consumado en todas las trampas de los procesos; y á mayor abundamiento habia estudiado leyes, para estar mas instruido en hacer legales injusticias. ¡Terrible acreedor! Una hacienda entre las uñas de semejante Procurador es lo mismo que un pollo en las garras de un milano. Por tanto el señor Astuto, apenas cerró los ojos mi marido, puso el sitio á mi pobre casa. Infaliblemente la hubiera hecho volar en el ayre por las minas de la supercheria judicial, si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de mi enemigo se hiciese de repente esclavo mio. Enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con ocasion de nuestro pleito. Confieso que hice de mi parte todo quanto pude para inspirarle amor. El deseo de salvar mi posesion me obligó á probar con él todas aquellas alhagüenas evoluciones de mi rostro y de mis ojos, que me habian salido tan bien en tantas ocaciones. Verdad es que con todo mi magisterio en el arte, temí mucho que pudiese enganchar al Procurador. Estaba tan totalmente embebido en su oficio, que parecia incapaz de hacer lugar á ninguna im-  
pre-

presion amorosa. Con todo, aquel gato montes, aquel erizo, aquel rasca-papel me miraba con mayor complacencia de la que yo me imaginaba. Señora (me dixo un dia) yo no entiendo de enamorar. Dedicado siempre á lo que correspondia á mi profesion, nunca cuidé de aprender las reglas, el uso, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de esto no ignoro lo que se llama lo esencial. Y para ahorrar de palabras solo diré que si Vmd. quiere casarse conmigo quemaré al instante el proceso, haré retirar á los demas acreedores, dispondré que se la confirme á Vmd. en la posesion de su hacienda, declarándola por dueña del usufruto, y á su hija de la propiedad. El interes de Beatriz y el mio no me permitieron dudar ni un solo punto. Acepté al instante la proposicion. El Procurador cumplió su palabra. Revolvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en la posesion de mi casa. Quizá fue esta la primera vez que supo servir bien al huérfano y á la viuda.

Amanecí, pues, un dia Procuradora, sin dexar por eso de ser dama de aldea, aunque este matrimonio me arruinó en el concepto de la nobleza Valenciana. Abandonáronme las señoras de la primera distincion, como á una muger que se habia envilecido, y no quisieron visitarme mas. Víme precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con las señoras de medio pelo. No dexó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratar únicamente con personas de

distincion. Verdad es que tardé poco en consolarme; porque entablé conocimiento con la muger de un Escribano, y con dos Procuradoras, todas tres, cada una por su lado, de un carácter singular. Entraba en él cierto ridículo que me divertia infinitamente. Cada qual se imaginaba muy superior á la otra. Estas mercedes entre dos luces (me decia yo á mí misma) se consideran muy arriba del comun. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas; mas veo que esta es la flaqueza universal. En este particular palpo ahora que tan locas son las hidalgas de aldea, como las damas de teatro. Cada qual se tiene en mas que su vecina. Para abatir, y al mismo tiempo castigar su orgullo, quisiera yo que se las obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, tales quales eran quando vivian. Apuesto qualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas públicos, ni en las salas mas visibles.

A los quatro años de matrimonio murió el señor Astuto sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dexó á lo que yo poseía, me hallé una viuda rica, y por tal era tenida. En virtud de esta fama comenzó á obsequiarme un personage Siciliano, cuyo apellido era Colifiquini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó ser desde luego mi marido, dexando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo á España, segun decia, solamente por la curiosidad de viajar; y estaba en Valen-



cia esperando ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años; era, aunque algo chico de cuerpo, de bella disposicion; y en fin me agradaba su figura. Halló modo de hablarme en particular, y te confieso la verdad, desde la primera conversacion quedé locamente enamorada de él. No lo quedó él menos de mí; y creo (Dios me lo perdone) que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado, si estando tan reciente la muerte del Procurador me hubiera permitido contraer tan presto nuevo matrimonio; porque desde que comencé á tomar gusto al hymeneo procuré respetar algo los estilos y ceremonias del mundo.

Convenimos, pues, en dilatar un poco nuestro matrimonio por el bien parecer. Mientras tanto Colofiquini proseguia en su obsequio, y lejos de entibiarse en su amor se mostraba mas fino y mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba muy bien en punto de dinero; conocílo, y procuré que nunca le faltase. Además de que mi edad era doble de la suya me acordaba de lo mucho que yo habia hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años, y me parecia lo que ahora les contribuía yo una especie de restitucion en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fue posible á que se corriese el tiempo que prescribe el ceremonial del mundo para pasar á otras nupcias. Apenas llegó quando nos presentámos en la Iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la

muer-

muerte. Rerirámonos despues á mi hacienda, donde puedo decir que vivimos dos años, menos como esposos que como dos ternísimos amantes. ¡Pero ay! que era muy fino nuestro amor, era muy grande nuestra dicha para que fuese muy duradera. Al cabo de este breve tiempo un accidente de apoplegia me privó de mi adorado Colifiquini.

Aquí no pude menos de interrumpir á mi madre, diciéndola con alguna conmocion: ¡pues qué! señora, ¿tambien murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. ¿Y cómo lo he de remediar yo? me respondió ella. Por ventura puedo alargar ni un solo momento los dias que Dios tiene contados? A los dos maridos los lloré mucho. El que menos lágrimas me costó fue el Procurador. Como este me buscó puramente por interés tardé poco en consolarme de su pérdida. Pero volviendo á mi Colifiquini te diré que algunos meses despues de su muerte, deseando yo ver una casa de campo cerca de Palermo que me habia dexado para mi viudedad, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz; pero en el viage fuimos apresados por los corsarios del Bey de Argel. Conduxeronnos á esta Ciudad, y por gran fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto hubiéramos caido en manos de un amo bárbaro, que nos hubiera maltratado, y baxo cuya dura esclavi-

EE 2

tud

216 *Las Aventuras de Gil Blas.*  
tud quizá habríamos gemido de por vida sin  
que tú hubieses oído hablar nunca de nosotras.

## CAPITULO VI.

*Prosigue la historia del hijo y de  
la madre.*

**T**al fue, señores, prosiguió Don Rafael, la  
relacion que mi madre nos hizo. Coloquéla des-  
pues en el mejor quarto de mi casa, donde vi-  
viese con toda libertad, y como mejor la pare-  
ciera: cosa que fue muy de su gusto. Habiase  
arraigado en ella un hábito de amar tan inve-  
terado en virtud de tan repetidos actos, que  
absolutamente no podia estar sin un amante ó  
sin un marido. Anduvo vagueando por algun  
tiempo, poniendo los ojos ya en este, ya en  
aquel de mis esclavos; pero finalmente fixó  
toda su atencion en Aly Pegelin, un rene-  
gado Griego que frecuentaba mi casa. Inspi-  
róla éste un amor aun mucho mas vehemente  
que el que habia concebido por su adorado  
Colifiquini, y era tan diestra en enganchar á  
los hombres, que halló el secreto de encantar  
al tal Griego. Aunque conocí desde luego que  
obraban de acuerdo los dos, me dí por desenten-  
dido de su trato, pensando solo en el modo de  
restituirme á España. Habíame dado licencia el  
Bey para armar en corso y exercitar la pyrate-  
ría.

*Tomo II.*

*fol. 216.*



*T. L. Enquid. sculp.*

*Lusinda Cautiva en Argel la compra su hijo  
D.<sup>n</sup> Rafael juntamente con una hermana*